

SUGERENCIA PARA LA ENSEÑANZA DEL TIEMPO-ESPACIO
HISTÓRICO EN LA UNIDAD DE APRENDIZAJE TEORÍAS
DE LA HISTORIA

Graciela Isabel Badía Muñoz

Francisco Macías Arriaga

Gloria Pedrero Nieto

Universidad Autónoma del Estado de México

Resumen

El pensamiento es una construcción que va incorporando elementos de diversa naturaleza y desde diferentes ópticas. El impulso que se ha dado a la ciencia, desde la Revolución Industrial y durante todo el siglo XIX, obligó a dialogar a las llamadas ciencias del espíritu con las ciencias naturales. Entre los tópicos que adquirieron gran relevancia y tratamiento multi e interdisciplinario están el tiempo y el espacio. A continuación, veremos cómo, gracias al quehacer interdisciplinario de la corriente historiográfica de la *Escuela de los Annales* en Francia, estos y otros conceptos han sido reelaborados.

Existe mucha información relacionada con el concepto de tiempo-espacio histórico como un constructo interdisciplinario de las ciencias humanas, cuya raíz metodológica, en nuestro caso, se encuentra principalmente en la historia; en particular, en la corriente historiográfica de los *Annales*.

Tomando en cuenta esa circunstancia, el presente trabajo se divide en dos apartados. En el primero realizaremos un sucinto recorrido histórico meramente contextual, siguiendo a algunos autores paradigmáticos que se han dedicado a la reflexión sobre el tiempo-espacio desde diversas ópticas, entre ellas la filosofía y la física; lo que nos permitirá aproximarnos a su complejidad y a la dificultad cognitiva que entraña su estructuración, y también a reconocer la vigencia de su reflexión. En el segundo apartado se explora la evolución histórica de la *Escuela de los Annales* y sus elementos distintivos, en especial el tratamiento del *tiempo-espacio* como condición fundamental para la comprensión de las ciencias históricas sociales que se encuentran vigentes en la historiografía contemporánea francesa y, en particular, en la *Historia del tiempo presente*.

Este trabajo surgió como una propuesta para el programa de Teoría de la Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México, pues en él hemos visto que no se establecen los vínculos que relacionen la *episteme* del tiempo-espacio con la filosofía, la física y la historia.

El tiempo en la filosofía

Para poder explicar qué es la noción de tiempo, es necesario recurrir a las ideas de algunos de los autores de la *episteme* de tiempo, siendo imprescindible vincular el estudio de dicho concepto con la asignatura de filosofía. De tal manera que consideramos que se ha vuelto necesario recuperar el planteamiento de aquellos autores que han considerado que el tema del tiempo reviste trascendencia. Para ello, nos vamos a guiar por las siguientes preguntas: ¿qué se ha entendido por *tiempo*?; ¿cómo ha sido estudiado ese concepto?

El primero de los autores que vamos a tratar es Aristóteles. En la *Física*, este filósofo afirma que «El tiempo es aquello en lo que se producen acontecimientos» (Aristóteles, 1995, p. 269). Esta definición es, a simple vista, muy restringida; sin embargo, entabla una relación directa con el movimiento y con el cambio. Para Aristóteles, el tiempo reside en los entes cambiantes, como el ser humano, y no se presenta como una dimensión ajena a ellos; por eso plantea su concepción del tiempo en relación con el movimiento. El movimiento, nos dice, es «el acto de lo que está en potencia en cuanto tal» (Aristóteles, 1995, p. 178). Como lo señala Abbagnano (1978):

El movimiento es, según Aristóteles, el paso de la potencia al acto y posee, por tanto, siempre un fin (te/loj), que es la forma o especie que el movimiento tiende a realizar. Puesto que el acto como sustancia precede siempre a la potencia, cada movimiento presupone ya en acto la forma que es su término final (p. 143).

Partiendo de este concepto, podemos ver el acercamiento que tiene con respecto al tiempo: la relación de un antes (expresado en el acto) y un después (la potencia y el *telos* al que pretende llegar).

A fin de explicar lo anterior, debemos tener en cuenta que el acto siempre precede a la potencia, de tal manera que cada movimiento presupone ya en acto la forma que es su término final. Es una relación que se puede expresar de la siguiente forma: acto → potencia → acto ··· → *telos*.

Siguiendo este mismo esquema, Aristóteles (1995) concibe el tiempo como «el número del movimiento según el antes y el después» (p. 271), otorgándole la condición de ser el orden mensurable del movimiento. Debemos tener en cuenta que el movimiento es un continuo «fluir», que se traduce al tiempo transcurrido en un mismo proceso, divisible en potencia, como serían los periodos históricos; pero indivisible en un acto, como un tiempo total, por lo que le concede al tiempo ser la medida de la continuidad del movimiento; es decir, para el hombre su primera noción de espacio es su cuerpo, el cual se transforma en el transcurso de toda su vida (bebé, niño, adolescente, adulto, viejo). Esto podría hacernos creer que el tiempo es discontinuo, ya que parece que está formado por instantes diferentes. La división del tiempo es mera ilusión, ya que el instante no es una parte del tiempo, sino únicamente un límite que determina en cada momento lo anterior y lo posterior.

Napoleón es, él mismo, soldado en el año 1769; después es general republicano en 1789 y emperador en 1805. Para el año 1789, general era en acto; y emperador, en potencia. Para 1805, el emperador en acto que es en potencia, en 1814, el preso de la isla de Elba.

Con lo anterior podemos concluir que, en la visión aristotélica, el tiempo no es, como sucede en el caso del movimiento, un flujo continuo, sino la unidad de un antes y un después que se forman siempre en torno a un presente, que es el auténtico fundamento del tiempo.

El segundo de los filósofos que han marcado un hito en la conceptualización del tiempo es Agustín de Hipona. El estudio de este autor nos obliga a contextualizar bien y a situar a nuestros estudiantes en el pensamiento teocéntrico propio de la Edad Media. Una vez hecha esta precisión, volvamos a la pregunta de qué es el tiempo desde la perspectiva de San Agustín. Para el autor de *La ciudad de Dios*, el tiempo no es nada permanente:

¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé. Lo que sí digo sin vacilación es que sé que si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente (San Agustín, 2015, p. 118).

Si analizamos la primera parte de esa afirmación, nos damos cuenta que, a pesar de que el tiempo se nos muestra en un continuo huir, lo podemos medir y podemos hablar de él, ya sea refiriéndonos a una época o a un periodo

histórico, como es el caso de la Edad Moderna, que inicia con la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789. Podemos, incluso, realizar predicciones posibles respecto al tiempo futuro, partiendo de una programación. Por ejemplo, el día 5 de junio se efectuarán las elecciones del primer gobierno de la Ciudad de México. Aquí cabe hacer otra pregunta: ¿cómo y dónde efectuamos tal medición o tal proyección? San Agustín (1984) responde que en el alma:

No se puede ciertamente medir el pasado, que ya no existe, o el futuro, que todavía no es; pero conservamos el recuerdo del pasado y estamos esperando el futuro. El futuro todavía no existe pero hay en el alma la *espera* de las cosas futuras; el pasado ya no existe, pero hay en el alma la *memoria* de las cosas pasadas. El presente carece de duración y en un instante pasa, pero dura en el alma la *atención* por las cosas presentes (p. 283).

Es en el alma, en lo subjetivo, en lo vivido, que el tiempo encuentra su realidad. Partiendo de la realidad objetiva, lo medido se nos muestra en la experiencia, en la subjetividad, en el sentir del tiempo vivido, en la memoria que conserva el pasado (base de la existencia de cada hombre), y en la expectativa que tiende al futuro, lo que implica un compromiso consigo mismo para llegar a un *telos* o finalidad personal.

Otro de los pensadores que aborda el tema del tiempo, incluyendo una relación con el espacio, es Immanuel Kant. Este autor plantea que la ciencia de todos los principios de la sensibilidad *a priori* es la *estética trascendental* (Kant, 2006). Podemos preguntarnos por qué Kant introduce de esta forma el tema de la relación del tiempo con el espacio. Esto se debe a que considera el tiempo y el espacio como formas puras de la intuición sensible, como principios del conocimiento. Digámoslo de esta forma: sin el espacio y el tiempo, el ser humano no podría conocer el mundo circundante.

La primera afirmación que hace Kant es que nos representamos objetos como exteriores a nosotros, y como estando todos en el espacio, dentro del cual son determinadas o determinables su figura, su magnitud y sus relaciones mutuas. Por otro lado, podemos pensar en un espacio vacío, sin nada de objetos, pero jamás podremos representar la falta de espacio. Por ello, el espacio debe tratarse, según Kant, como la condición de posibilidad de los fenómenos. Además, debemos considerar que el espacio es esencialmente uno, ya que cuando se habla de varios espacios se entiende que son partes de uno mismo. Con esto podemos concluir que todas las «partes» del espacio coexisten *ad infinitum*.

Con referencia al tiempo, Kant describe que la sucesión no se podría percibir si la representación del tiempo no le sirviera de base. Por ello, solo presuponiendo el tiempo puede concebirse la simultaneidad y los tiempos diferentes distinguibles. De tal modo que no se pueden concebir los fenómenos sin el tiempo; en cambio, sí se puede concebir un tiempo sin fenómenos. Por ello, así como en el espacio, los tiempos diferentes no son simultáneos, sino sucesivos. Así se explica el argumento de que tiempos diferentes son solo partes de un mismo tiempo. Por tal motivo, se concibe al tiempo como ilimitado. Kant (2006) concluye que

Tiempo y espacio son, pues, dos fuentes de conocimiento de las que puede surgir *a priori* diferentes conocimientos sintéticos [...] Tomados juntamente, espacio y tiempo son formas puras de toda intuición sensible, gracias a lo cual hacen posibles las proposiciones sintéticas *a priori* (p. 80).

Un ejemplo más claro que se puede poner para comprender esta concepción es el siguiente: podemos pensar que nuestro interés son los eventos sociales de la Revolución francesa que marcan el inicio de esa coyuntura, pero durante 1788 no transcurrió ningún evento paradigmático en Francia que cambiara el rumbo de ese país, como para que se estableciera la fecha clave. Este hito comenzará cuando ocurre la toma de la Bastilla, poniéndole al tiempo un nombre, congelándolo en ese momento. Pensamos el transcurrir del tiempo y el espacio vacío, sin fenómenos que los alteren. Sin embargo, no podemos referirnos a un hecho o a una batalla sin dar referencia al tiempo y al espacio en el que ocurre: «La revolución de febrero», «La revolución de octubre», «El abrazo de Acatempan», «La guerra de los Balcanes», «La guerra de los 30 años», «La primavera de Praga», «Mayo del 68», «El 2 de octubre», etcétera.

Carlos Marx es otro pensador que analiza la historia. Algunos colegas nos preguntarán por qué incluir a este controvertido autor. Los autores de este trabajo estimamos que es imposible no hacerlo, en virtud de que sin él no se puede hablar sobre el *materialismo histórico*; una corriente del pensamiento que también forma parte de las temáticas del programa. Una vez hecha esta aclaración, debemos tener en cuenta que este pensador alemán le concede un peso específico a la sociedad en su estructura económica, identificándola como el único sujeto de la historia. Pero la estructura económica no podría ser pensada sin el hombre en el tiempo, ya que con su actividad física produce sus medios de subsistencia. Por ello, Marx concebirá la historia como

la relación entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, siendo estas últimas las relaciones sociales entre los hombres en el proceso de la producción observable en un tiempo y un espacio determinados.

Para poder comprender el desarrollo de la historia, nos dice Marx, debemos tener en cuenta la evolución de las fuerzas productivas. Cuando éstas alcanzan cierto grado de desarrollo, entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, que dejan de ser, para pasar a ser condiciones de desarrollo y transformarse en cadenas. Con ello se desarrolla lo que se considera una época de revolución social. Esto puede correlacionarse de manera horizontal y vertical con otras de las unidades de aprendizaje, especialmente en el segundo semestre: Historia e historiografía de Grecia y Roma, e Historia e historiografía del pasado de México hasta la conquista.

Así, pues, el marxismo admite un progreso en la historia de tipo cronológico con base en los modos de producción en que se desarrolla cada sociedad: «A grandes rasgos, los modos de producción burgueses asiáticos, antiguos, feudales y modernos, pueden ser designados como épocas que marcan el progreso en el desarrollo económico de la sociedad» (Marx y Engels, 1984, p. 193).

Vale decir que estas etapas de desarrollo que se acaban de mencionar se verán complementadas cuando Marx, en su estudio sobre el comunismo, ya elabora una periodización a partir de la interpretación de las fuerzas de producción en estadios. Es importante observar que él detecta constantes en cada uno de los estadios, dando lugar a una periodización con base en las relaciones que se establecen entre los nexos productivos, lo que supone el desarrollo de las etapas de la historia en tres tiempos. El futuro es determinante, pues es viable prospectivamente, y, además, representa una utopía. Para el desarrollo de este autor y su temática, y considerando la dificultad que entraña su comprensión, sugerimos que se utilice como lectura previa el libro *Socialismo y comunismo* de Martha Harnecker.

El tiempo en la física

En el apartado anterior ya hemos tocado brevemente el concepto de Aristóteles de tiempo-espacio que se encuentra en su *Física*, por lo que ahora solo nos enfocaremos a Newton y Einstein, dos físicos que marcaron un hito en

la evolución de la física, especialmente en lo que toca a la concepción del tiempo.

Comenzamos con Newton y su *Principia Mathematica*. En esta obra, el físico inglés plantea una diferencia entre el tiempo absoluto y el relativo:

El tiempo absoluto, verdadero y matemático, por sí mismo y por su propia naturaleza, fluye igual sin relación a ninguna cosa externa y con otro nombre se llama duración [...] En contraste, el tiempo relativo, aparente y común, lo considera como una medida (exacta o inexacta) sensible y externa de la duración en términos de un movimiento, el cual es comúnmente utilizado en lugar del tiempo verdadero; como son las horas, los días, los meses, los años (Newton, 1987, citado por Lara y Miranda, 2001, p. 66).

Como podemos ver en el párrafo anterior, lo que Newton trata de diferenciar es al tiempo y su medida, teniendo en cuenta que para poder concebir la segunda es necesario presuponer el primero. El concepto de tiempo absoluto hace referencia a dos aspectos fundamentales: una continuidad del tiempo y una igualdad en sus partes. Las características de continuidad y de igualdad conceden al tiempo la peculiaridad de un fluir igual, ya que es continuo, visto como una línea infinita que no presenta rupturas ni fragmentaciones (como se explicó con Kant), pero que puede ser medido en unidades exactamente iguales.

Este fluir hace que el tiempo sea identificado comúnmente como movimiento; pero el tiempo absoluto no es un movimiento, antes bien, no se podría entender el movimiento sin la percepción del tiempo. Por ello, Newton, como argumentan Lara y Miranda, identifica al tiempo absoluto con la duración, no importa que el movimiento sea más rápido o lento, la duración de un fenómeno será la misma, de ello se puede inferir que a partir del movimiento se puede medir el tiempo.

La duración o la perseverancia de la existencia de las cosas permanece siendo la misma, aunque el movimiento sea rápido o lento, o ninguno: por lo tanto esta duración debe de ser distinguida de lo que son solo sus medidas sensibles (Newton, 1987, citado por Lara y Miranda, 2001, p. 67).

Como vemos en la vida cotidiana, no existen dos cosas iguales, con un mismo movimiento ni con una misma duración; pero lo que nos permite medir el tiempo son aquellos movimientos periódicos que podemos tomar como

unidad de medida. Esta nos permite medir la duración de los fenómenos en términos numéricos.

Pero la percepción del tiempo absoluto se rompió cuando Einstein dio a conocer la teoría de la relatividad. Debemos comenzar con la afirmación que el físico alemán formula cuando dice que espacio y tiempo no se pueden separar. En su teoría especial de la relatividad, este físico afirmó que todo el movimiento del universo es relativo, dado que en el espacio remoto no hay nada contra lo cual se pueda medir. Sostuvo que la velocidad de la luz es siempre la misma con respecto al observador, independientemente del movimiento de éste. Einstein concluyó que la velocidad de la luz es la única constante física del universo. Y, si siempre es la misma y no depende del movimiento del observador, otras propiedades físicas deben variar para quien viaja en dirección y con velocidad diferentes.

El gran físico alemán calculó que el tiempo transcurre más lentamente en una nave espacial que viaje a una velocidad cercana a la de la luz, en comparación con el tiempo percibido por una persona que permanece inmóvil con respecto a la nave. Ésta también parecería más corta ante los ojos del observador fijo, y su masa aumentaría: sería infinita a la velocidad de la luz, y así ningún objeto podría alcanzar esa velocidad, dado que, para lograrlo, tendría que aplicarse una fuerza infinita.

Ángel Blanco (2007), por su parte, nos dice que las teorías de Einstein han conformado la noción de tiempo histórico en dos direcciones: la primera sostiene que el tiempo fluye de forma absoluta, al margen de la actividad cotidiana y sin la posibilidad de ser alterado, por lo que lo considera como una especie de tiempo cronológico; mientras que la segunda toma en cuenta, básicamente, la influencia de factores externos subjetivos y relativos. Para esta última concepción, el tiempo histórico conlleva la distinción entre los diversos tiempos y los diferentes ritmos.

Los aspectos más significativos de estos autores se deben combinar adecuadamente con los elementos teóricos disciplinarios que son específicos de la historia, por lo que a continuación haremos un brevísimo recorrido por las distintas generaciones de la *Revista de los Annales*, con el propósito de observar el desarrollo de sus características y, en particular, el tratamiento del espacio y el tiempo.

Las generaciones de *Annales d' Histoire* y sus conceptos de espacio y tiempo

La revista *Annales d' Histoire Économique et Sociale* ve la luz el 15 de enero de 1929 en Estrasburgo, espacio físico controvertido en donde se relacionan y debaten los dos pensamientos historiográficos más representativos de Europa: el alemán y el francés. En muy poco tiempo, y a pesar de las condiciones internacionales adversas, esta revista se convirtió en la publicación de historiografía más importante de Francia, posteriormente de Europa y del mundo, situando a Francia como el nuevo epicentro de los estudios históricos.

Los creadores intelectuales y primeros directores de esta revista fueron Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes llevaron a cabo una crítica radical de la historia positivista alemana, implementando nuevos paradigmas metodológicos, teorías, conceptos y temáticas que cambiaron la forma de problematizar la historia, y que les permitieron elaborar nuevas explicaciones a los viejos temas historiográficos.

Entre las aportaciones más sobresalientes de la primera etapa de vida de los *Annales* figuran las propuestas hechas por Marc Bloch, respecto a que el objeto de estudio de la Historia lo constituye el presente, el pasado y la prehistoria del hombre (Bloch, 2006). Su objetivo es dar cuenta de los grandes procesos sociales y colectivos. Las realidades que abarca son las estructuras profundas que subyacen, y las duraciones largas y colectivas. La noción de tiempo que maneja rompe con el modelo newtoniano lineal, descomponiéndose en múltiples tiempos con duraciones distintas en un cambio continuo que, para *ser*, necesita presentarse en un escenario en donde *estar*. Las fuentes y técnicas son de diversa naturaleza, novedosas y abordadas en forma creativa.

Con la escuela de los *Annales*, la historia se redimensiona, pues todo puede ser historiable; por tanto, es globalizante. Utiliza el método comparativo y rompe con las barreras cronológicas y espaciales. La historia se encuentra en continua construcción; el hombre tiene que adaptarse a un mundo perpetuamente *resbaladizo* (Febvre, 1993), el cual se renueva con cada generación. La Historia es interdisciplinaria, tiene un carácter interpretativo, crea modelos, fórmulas, hipótesis y explicaciones globales, disuelve las evidencias (hechos) y muestra lo oculto.

En relación con la enseñanza sobre lo que representan el tiempo y el espacio en la historia, Febvre (1993), retomando a Gustave Monod, nos dice:

El *espacio* es la primera coordenada, la segunda, el *tiempo*. Tomemos prestada la fórmula de Monod, reformador de nuestra enseñanza secundaria: «el hombre culto en 1946 es el capacitado para captar la situación del hombre en el tiempo y en el espacio a la vez. Él es capaz de relacionar con otras civilizaciones aquella de [en] la que es actor y testigo. El hombre que con el conocimiento de un cierto número de acontecimientos esenciales ha adquirido, desde la escuela y mediante la escuela renovada, una especie de experiencia sobre la muerte y la vida de las civilizaciones [...]». En definitiva, hablar de espacio es hablar de geografía. Y hablar de tiempo es hablar de Historia (p. 64).

Durante ese periodo se integra a la revista Fernand Braudel, quien comienza a escribir en 1949. Se abre un hito en la historiografía cuando retoma los rasgos fundamentales de *Annales* en su obra más representativa del momento: *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Dicha obra se distingue por su excepcional aproximación al objeto de estudio, que será un núcleo líquido, a saber, el Mediterráneo. Desarrolla, al abordar diferentes aspectos, la historia de las civilizaciones, el vínculo entre la historia, la economía, la geografía, los climas y, por otro lado, la sociología; así como sus reflexiones específicas con respecto a los diferentes tiempos históricos y la perspectiva de la llamada *larga duración* en la historia.

La estructura de esta última se compone de tres pisos temporales: en su base está la *geohistoria*, la cual es el sustento; a ésta le corresponde un ritmo muy lento, que es casi *inmutable*, y en el cual se desarrollan la historia del hombre y su relación con el mundo que lo rodea (*larga duración*). Por encima de esto se encuentra lo que Braudel llamaba los *destinos colectivos y movimientos de conjunto*, que se dividen en cinco planos: las economías, los imperios, las civilizaciones, las sociedades y las formas de guerra (*mediana duración*). El tercer piso incluye los acontecimientos, la política, con hombres con nombre propio, los cuales se desarrollan en la corta duración (Fontana, 1982).

Entre las principales aportaciones de Fernand Braudel a la historia destacan su interés por la geografía, la preocupación por la historia económica, la búsqueda de la interrelación entre los diferentes estratos, y la aplicación del método de temporalidades. Con el ensamble de tiempos y planos, pretendía, sobre todo, privilegiar la historia de larga y mediana duración para

practicar una «historia estructural» y relegar la «historia episódica» de «individuos y acontecimientos» (Arrambide, 2007). Además, Braudel realizó la síntesis epistemológica de Bloch y Febvre, así como su principal aportación de la *larga duración*. Asimismo, tomó posición en relación con las corrientes de pensamiento de mayor relevancia en esa época: el marxismo y el estructuralismo.

En lo que tiene que ver con su manejo de las temporalidades, vale la pena detallar cómo Braudel (1979) caracteriza los hechos o acontecimientos en la corta duración:

El acontecimiento es explosivo, tonante. Echa tanto humo que llena la conciencia de los contemporáneos; pero apenas dura, apenas se advierte [...] Un acontecimiento se puede cargar de significaciones y de relaciones. Testimonia a veces sobre movimientos muy profundos [...] pero anexiona un tiempo muy superior a su propia duración. Es extensible hasta el infinito, se une libremente a una cadena de sucesos, de realidades subyacentes, inseparables.

Entonces, expresémoslo más claramente que con el término de episódico: el tiempo corto, a medida de los individuos, de la vida cotidiana, de nuestras ilusiones, de nuestras rápidas tomas de conciencia; el tiempo por excelencia del cronista, del periodista. [...] el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones (p. 64).

Este historiador francés pretende discriminar y clasificar en órdenes a los diversos hechos históricos, ubicando a los inmediatos como los de corta duración (horas, días y semanas). Entre estos eventos podemos encontrar las devaluaciones, los acontecimientos de vida de sujetos con rostro, etc. Los hechos de coyuntura (de mediana duración) son aquellos como las corrientes culturales, las literarias, los efectos de movimientos políticos o sociales que sirven de marco a los acontecimientos de corta duración, cuya temporalidad se mide durante años, lustros y hasta décadas, y que suelen ser la materia prima de historiadores de la última centuria. Las realidades de larga duración son milenarias, en ellas permanecen los rasgos de una civilización, como son los hábitos alimenticios que distinguen a las diferentes regiones del orbe —regiones del arroz, trigo y maíz—, los sistemas de construcción —arco medio punto, construcciones de basamentos—, y la vigencia de las jerarquías sociales, entre otros más (Aguirre, 2005).

Sobre los niveles y las duraciones múltiples, Braudel (1979) nos dice que

La historia se sitúa en diferentes niveles, casi diría que en tres, si no fuera simplificar en exceso: son diez, cien duraciones diferentes. En la superficie, una historia episódica, de los acontecimientos, que se inscribe en el tiempo corto: se trata de una microhistoria. A media profundidad, una historia coyuntural de ritmo más amplio y más lento; ha sido estudiada hasta ahora, sobre todo, en el plano de la vida material, que los ciclos e interciclos económicos. [...] más allá del reciclaje coyuntural; la historia estructural o de larga duración, encausa siglos enteros: se encuentra en el límite de lo móvil y de lo inmóvil; y, por sus valores muy prolongadamente fijos, aparece como invariante frente a otras historias, más raudas en transcurrir y en realizarse y que, en suma, gravitan en torno de ella (p. 123).

La perspectiva de los *Annales* braudelianos y su paradigma de la larga duración nos invitan a considerar que la historia es una ciencia en continua construcción; una ciencia que renueva constantemente sus métodos, implementa teorías, reelabora técnicas y propone nuevas estructuras de análisis.

Por otro lado, los *Annales* se van a oponer radicalmente al estructuralismo francés, debido a que la relación de estructura supone congelar la evolución, *sacrificando diacronía* por sincronía. Por lo que Braudel utiliza el concepto de estructura con un sentido distinto, ya que implica a las estructuras de larga duración histórica.

Los observadores de lo social entienden por estructura una organización, una coherencia, unas relaciones suficientemente fijas entre realidades y masas sociales. Para nosotros, los historiadores, una estructura es indudablemente un andamiaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y por tanto, determinan su transcurrir (Braudel, 1979).

Después del Mayo francés de 1968, Fernand Braudel renuncia a la dirección de la revista y se convierte en un colaborador más. A partir de ese momento, los *Annales* entran en una etapa de transición en la que el maestro Braudel solo proyecta ocasionalmente su sombra.

Para este historiador de origen campesino, los años sesenta, y en particular el 68, son un parteaguas, una fractura de larga duración que se interpreta como una revolución cultural. Su repercusión es profunda y manifiesta en todo el orbe: el movimiento chino, el mayo francés, el otoño de los trabajadores italianos, los movimientos estudiantiles latinoamericanos, en particular el movimiento estudiantil mexicano y su dramática culminación en la matanza de Tlatelolco del 2 de octubre del 68, la primavera de Praga y la ocupación soviética, las protestas estudiantiles en Nueva York y, muy señaladamente, en Berkeley, los movimientos de protesta en Berlín, el movimiento feminista, la breve insurrección popular en Córdoba, Argentina, entre otros (Aguirre, 2005).

Como sostiene Carlos Aguirre (2005), la revolución mundial adquirió características propias en cada uno de los lugares donde se manifestó, cambiando de raíz las estructuras de vida cotidiana en forma definitiva, como fueron los casos de las jerarquías escolares, la estructura familiar y los modos de ejercicio del poder. En relación con la educación, se fracturó irreparablemente la relación maestro-alumno, lesionando las prácticas tradicionalistas del *magister dixit*, y dando lugar a nuevos modelos psicopedagógicos, que propiciaron la participación crítica de los estudiantes. Otro aspecto derivado de la revolución de larga duración de los sesenta fue la descomposición de las relaciones familiares, en particular, la redefinición del papel tradicional de la mujer y su inserción en otras esferas sociales. A la mujer se le abren otros caminos, como los estudios universitarios. También se modifican las relaciones entre padres e hijos, compartiendo sus funciones con la escuela, la comunidad y los medios de comunicación. En este sentido, cabe señalar la importancia que adquirieron los medios masivos de comunicación, los cuales potencializaron las posibilidades de circulación de las ideas y la información.

Por otro lado, es oportuno recordar que los aportes de *los terceros Annales* a la historia han sido determinantes también, ya que muchos de sus miembros supieron diversificar su quehacer profesional, no solo colaborando con la academia o en trabajos altamente especializados, sino con su participación en los medios de comunicación masiva, en los que realizaron grandes producciones televisivas con contenido histórico (documentales, películas y comerciales) que despertaron gran interés (Galván, 2009).

La cuarta etapa de los *Annales* va de 1989 a nuestros días. En ella, la coordinación de la revista inicialmente corre a cargo de Bernard Le Petit, quien encabeza el consejo editorial. Entre los miembros de esta generación figuraban Pierre Souyri, Jean Yves Grenier, Joceline Dakchia, Lauren Thevenot, André Orleans y Michel Werner. Pero, ya cuando el proyecto estaba dando frutos, lamentablemente Bernard Le Petit murió en un accidente automovilístico, por lo que la dirección del consejo editorial recayó en varios de los integrantes del grupo. A partir de ese momento, el comité se reúne mensualmente para seleccionar los artículos y para debatir los criterios de su publicación (Galván, 1999).

El proyecto inicial de *los cuartos Annales* se caracterizó por hacer frente a una doble problemática: por una parte, la crisis general de las mentalidades; y, por otra, el final de la matriz marxista-leninista, además de los efectos propios del derrumbe ideológico que supuso la caída del muro de Berlín. El nuevo proyecto tuvo que dar respuesta a las severas críticas internas y externas que les hicieron a *los terceros Annales* personalidades de gran envergadura, como Braudel, Wallerstein, Chesnaux, Furet, Duby, Foucault, Dosse, Romano, Vilar, Fontana y Burke, entre otros.

Aguirre (2005) nos comenta que la crisis de *Annales* fue tan aguda en 1989 que se pensó en cerrar la revista. Sin embargo, Bernard Le Petit, al quedar a cargo del comité de redacción, comenzó a impulsar la renovación, la cual arrancó en 1988 con una convocatoria de la editorial, titulada *Histoire et Sciences Sociales: un Tournant critique*. Este ejemplar fue la punta de lanza de la renovación de la redacción conjunta entre Jacques Revel y el propio Le Petit.

En 1989, el grupo de los *Annales* vuelve a hacer otro cambio de rumbo, debido a la *discontinuidad intelectual*, de tal manera que abandona su anterior proyecto de 1968-1989, volviéndose a identificar con la tradición de los *primeros* y *segundos Annales*.

En realidad, esta nueva *ruptura* era una reacción a lo complicado del concepto mentalidades de los *terceros Annales*. La nueva propuesta apela a una nueva historia cultural de lo social o a una historia social de las distintas prácticas culturales, según lo ya trabajado por Roger Chartier y por Alain Boureau (Aguirre, 2005).

Entre los cambios que se dieron con los *cuartos Annales* figuran la reinterpretación del término *mentalidades* por el concepto de *prácticas culturales*, la *conexión de la cultura con el entorno social y material*, la utilización del concepto de *prácticas culturales diferenciadas*, entendiendo por esto la relación entre la materialidad de los procesos culturales con los fundamentos sociales y económicos de dichas prácticas, así como la construcción de los mensajes, su distribución, apropiación y asimilación (Aguirre, 2005).

Otro aspecto trascendental de los *cuartos Annales* radica en el hecho de que empiezan a interrogarse sobre las diferencias profundas entre las múltiples prácticas culturales coexistentes, procurando encontrar su diferenciación y sus puntos en común, como pueden ser las clases sociales diferenciadas en lo urbano y lo rural, el género, el rango de edad, el grupo político o religioso, entre muchas más. Sin duda alguna, esta manera de construir nos abre el camino a una forma de historiar que abarca una infinidad de matices.

Un elemento relevante es el giro que los *cuartos Annales* dan a la *antropología histórica* de los *terceros Annales*. Con la propuesta de la *Nueva Historia antropológica* buscan convertir los problemas antropológicos en problemas históricos. Con esta nueva propuesta, los *cuartos Annales* redimensionan la historia económica y la historia social, mediante conceptos, problemáticas, técnicas y enfoques, que intentan redefinir el campo de las interacciones que se dan entre Historia y Ciencias Sociales.

En relación con la topografía del tiempo, recuperan la perspectiva braudeliiana de la historia global y de la larga duración. En relación con la Historia Global, la redefinen como un todo, es decir, una historia total, en la que se retoma lo social y lo macrohistórico para dar lugar a la estructuración de nuevos modelos. En lo que toca a la larga duración, esta se ha reproblematicado, aplicándola al presente. Aguirre sostiene que va a corresponder a la propia Historia reflexionar sobre los mecanismos temporales del análisis social.

Los *Annales* contemporáneos critican la sobrevaloración de la larga duración en relación con la mediana y la corta, pues consideran que el cambio no debe ser visto bajo la forma de ruptura brusca. Afirman que toda carga temporal reside en el presente y, por lo tanto, es menester reencontrar las estructuras de la larga duración desde el presente, detectando, por medio de la causalidad, los hilos que conducen hacia los tiempos largos.

En relación con el espacio geográfico, su manejo es por regiones, haciendo hincapié en la descripción de las condiciones climáticas y cómo se traducen en formas de producción. A partir de esto, el espacio se redimensiona en espacio-tiempo histórico, pues se destaca que los grandes colectivos y sus puntos en común son las constantes culturales de larga y mediana duración (la alimentación —las culturas del trigo, arroz y maíz—; y las creencias religiosas). Al reconocer tales constantes, necesariamente podemos inferir las particularidades.

Entre los miembros de la tercera generación que superaron la propuesta de origen y que transitaron a la cuarta generación con innovaciones teórico-metodológicas, se encuentra Jacques Le Goff.

En *Lo maravilloso y cotidiano en el Occidente medieval*, Le Goff incluye un apartado de corte metodológico que lleva por nombre *los tiempos breves, tiempos cortos, perspectivas de investigación*. Al describir esa renovación metodológica, Le Goff abunda sobre la necesidad de abandonar ciertos hábitos, y de replantear otros cuestionamientos que permitan volver a poner en marcha la máquina de la reflexión y la investigación, que con facilidad tienden a perderse.

Cuando se refiere a la *Historia Nueva*, Le Goff señala que muchos historiadores que antes eran renuentes a los métodos y vocabulario de la propuesta historiográfica de los *Annales*, se han visto obligados a reconocer la independencia de los diferentes tipos de historia (la económica, la demográfica, la de mentalidades), y a aceptar y utilizar conceptos tales como estructura y coyuntura, que han ido incorporando a su vocabulario.

Tanto Jacques Le Goff como Marc Ferro, entre otros autores, coinciden en que para delimitar un objeto de estudio cronológica y geográficamente, así como para abordarlo mediante un método comparativo en diferentes niveles de análisis, se requieren tres condiciones básicas: una sociedad histórica, un ámbito cultural específico y un periodo de tiempo determinado.

Le Goff, en particular, sugiere que para tratar un objeto en sus dimensiones temporales mediante el método comparativo, es necesario cuestionarse en relación a la duración de sus cambios. Por ejemplo, como estudioso del Medievo, él se pregunta qué es lo que en la historia de esa época cambia más rápido, y qué es lo que cambia más lento (Le Goff, 2008). Para él, la problemática del tiempo histórico no se identifica con la distinción marxista entre

la infraestructura y la superestructura. Comenta que distinguir los tiempos largos y los tiempos breves no supone una jerarquía causal.

Por otra parte, debemos entender que si las estructuras son los componentes de la larga duración, los acontecimientos son simultáneamente fenómenos de superficie que se encuentran inmersos tanto en los tiempos breves como en los de larga duración. Para el autor de *El hombre medieval*, la estructura supone continuidad, mientras que la coyuntura es discontinuidad; la historia económica dicta que las coyunturas de larga y corta temporalidad se encuentran conformadas por diferentes duraciones, manifiestas en ciclos e interciclos. Considerando lo anterior, Le Goff (2008) afirma que el objeto de la historia como ciencia es estudiar tanto lo que perdura como lo que cambia en las estructuras y los acontecimientos, en los mecanismos y en los fenómenos.

Tanto Le Goff como Ferro coinciden en señalar que la historia, como disciplina, se interesa más por las evoluciones que por aquello que permanece; pero, dependiendo de la época y los tipos de sociedad, se puede asignar mayor o menor magnitud a la larga duración.

Para concluir este apartado, consideramos conveniente dedicar unas líneas al modo historiográfico llamado *Historia del tiempo presente*. Este modo de historiar, sin negar su parentesco con los *Annales*, no pretende redefinir las periodizaciones tradicionales propuestas por la historiografía francesa, en particular la referente a la *Historia contemporánea*, la cual, convencionalmente, comprende el lapso que abarca desde la Revolución francesa, como una ruptura con el antiguo régimen, hasta la culminación de la Segunda Guerra Mundial en 1945, como el evento que marca el advenimiento de la sociedad moderna. Esta periodización es realmente eurocentrista, y se ha vuelto dominante en gran parte del mundo, especialmente en Latinoamérica; lo que nos lleva a reconsiderar la pertinencia de crear periodizaciones regionales.

El problema radica en el término *contemporáneo*, el cual, además de ser eurocéntrico, en su estricto sentido nada más nos remite al presente inmediato. Sin embargo, para no romper con el formalismo profesional generalizado, sostiene, desde una perspectiva temporal, que para que un hecho pueda ser historiable, requiere pervivir y ser estudiado con «objetividad», sin pasiones vivas, sosteniéndose en un criterio más archivístico que propiamente disciplinario, el cual dicta que ciertos acervos que, por la naturaleza de sus

contenidos, pueden ser considerados riesgosos, solo podrán ser consultados después de 50 años.

Por mucho tiempo, otras profesiones estudiaron el pasado inmediato, entre ellas los periodistas, los sociólogos, los antropólogos y los politólogos. Esto se debía a que los historiadores argumentaban que el presente estaba impregnado de pasiones, y que su estudio prematuro carecería de sustento teórico. La *Historia del tiempo presente* es un modo historiográfico que surge después de la Segunda Guerra, pero que consigue consolidarse a mediados de los setenta. Esta corriente solo trabaja temas específicos y sobre determinadas realidades históricas, pero no es un periodo histórico o una denominación cronológica (Aróstegui, 2007).

Esta tendencia historiográfica nace de la necesidad de explicar la gran catástrofe del siglo xx, mediante la reinterpretación y confrontación de todas las fuentes históricas posibles. Su aportación principal consiste en recuperar a los propios actores sociales, estudiando la percepción que ellos tienen del acontecer de sus vidas. El término *Historia del tiempo presente*, en realidad, se refiere a la *coetaneidad*.

Características específicas de la historia del tiempo presente

Para poder estudiar un tema siguiendo este modo historiográfico, es indispensable que la historia se auxilie de metodologías y herramientas de otras ciencias sociales. El historiador que pretenda construir con este modo debe contar con una amplia cultura global, que le permita discriminar, limitar y seleccionar adecuadamente las fuentes con las que pretende interpretar el presente. Otro aspecto toral radica en el método, ya que este tipo de historia no trabaja con documentos de archivos, sino que se construye a partir de un vasto abanico de fuentes, como la historia oral, los diarios, las revistas, los anuncios, las películas, los programas de televisión y radio, la cultura material y las fotografías, entre otras.

Lo anterior nos remite a recordar que Braudel, años antes, resaltaba el carácter engañoso y caprichoso del tiempo corto, por lo que el problema metodológico de la *Historia del tiempo presente* radica, principalmente, en la selección y depuración de los materiales. En 1978, los simpatizantes de esta corriente

fundan en París el Instituto del Tiempo Presente. Desde sus orígenes, esta organización se propuso vincular adecuadamente el pasado con el presente, y, de esta manera, recuperar la propuesta de los fundadores de los *Annales*. Su primer director fue François Bédarida, quien definió la *Historia del tiempo presente* como un tiempo, un método y un trámite.

Para esta corriente, la gestión de un historiador involucrado en el espíritu de su tiempo ha de enfrentarse a una documentación muy abundante, con muchas lagunas y omisiones, por lo que se ve obligado a situarse, en relación con los propios actores de la historia, en permanente confrontación con las lagunas de la memoria (Sauvage, 2010).

La función principal de este modelo es llenar los vacíos de información que existen en ciertos episodios de la historia mediante el rescate de los testimonios de sus coetáneos. Por ejemplo, recupera la forma de percibir lo sucedido en España por los actores que vivieron el tránsito de la dictadura a la democracia. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en el trabajo de Pagès, Nomen y González, intitulado *Les dones del 36*.

Uno de los principales riesgos de esta corriente radica en que su materia de trabajo continuamente se está transformando, debido a que se trata de procesos no terminados, lo que hace que el modelo presente pobreza teórica. Otro riesgo metodológico está en las fronteras temporales que condicionan esta forma de hacer historia. Según Bédarida, la recuperación debe guardar consonancia con la duración de una vida humana. Una dificultad adicional radica en definir qué se entiende por el momento presente, la actualidad o el instante pasado.

Los historiadores del tiempo presente han conseguido realizar una ruptura con respecto a la historiografía tradicional; sus prácticas se distinguen por el uso de la historia oral, especialmente en la recuperación de la memoria, por su enfoque multidisciplinario, así como su relación continua con otros estudios de las ciencias sociales. Otro aspecto importante que se aborda en la *Historia del tiempo presente* es la reinterpretación de la larga duración, así como la búsqueda de relaciones complejas mediante el estudio de las rupturas y las continuidades.

Jacques Le Goff reconoce las virtudes de este modo de hacer historia, ya que obliga a los historiadores a revisar sus interpretaciones y a formular nuevas

hipótesis. Sin embargo, también coincide con otros autores en que la *Historia del tiempo presente* enfrenta una enorme abundancia de fuentes, lo que dificulta la elección y los procesos de jerarquización, ya que estos pasos se vuelven densos y complicados, de tal modo que sus practicantes corren el riesgo de naufragar en un mundo de documentos e imágenes.

Las nuevas fuentes de imágenes, fijas o en movimiento, exigen a sus constructores la implementación de métodos propios, ya que, por ejemplo, la prensa y los noticiarios no son simplemente reflejo de una opinión, sino que suponen la condición de una mediación, lo que hace imposible asimilar el testimonio oral por medio de una simple transcripción de las declaraciones de los testigos.

Le Goff, en especial, reflexiona sobre el testimonio oral, reconociendo sus características esenciales y sus riesgos potenciales, los cuales consisten en que en el testimonio coinciden dos subjetividades: la del experto y la del testigo. El historiador adopta en la entrevista una actitud ambivalente de proximidad y de distancia; por una parte, es el experto quien hace las preguntas, además de generar las condiciones para que el testigo conteste ampliamente lo solicitado. Es en el testimonio donde se vive el riesgoso juego de las intersubjetividades.

Para poder dar un adecuado tratamiento a la proximidad y distancia, el historiador se apoya en los métodos y recursos de otras disciplinas, como la antropología, la sociología, la psicología y el psicoanálisis. Estas últimas disciplinas le son indispensables para poder interpretar las dudas, los silencios, las repeticiones, los lapsus, los desvíos y las asociaciones, así como el lenguaje corporal, que forman parte esencial de la estructura del testimonio.

Otra de las dificultades de este modelo historiográfico está en la implicación del historiador, ya que éste tiene que conciliar el compromiso personal con el deber profesional. El trabajo del constructor de la *Historia del tiempo presente* se enfrenta a lo estimulante de un quehacer inacabado que no necesariamente ofrece respuestas al presente. Los acontecimientos que maneja siguen inmersos en procesos dinámicos, en los cuales no se evidencia una clara relación causal, por lo que su quehacer se ve condicionado a construir hipótesis que suponen necesariamente una prospectiva.

De acuerdo con Le Goff, el *historiador del tiempo presente* debe asumir, al menos, cuatro actitudes:

1. leer el presente, el hecho, con profundidad histórica suficiente y pertinente, a fin de poder integrarla en la larga duración;
2. guardar un afinado espíritu crítico con relación a las fuentes;
3. esforzarse en explicar, y no contentarse con describir o contar, y
4. jerarquizar los acontecimientos, es decir, distinguir la peripecia del hecho significativo.

Para concluir, es pertinente señalar que esta corriente ha sido hija crítica de la conceptualización de la larga duración braudeliana, ya que esta última se fundamenta en determinismos geográficos, socioeconómicos o antropológicos; mientras que el estudio del tiempo presente busca establecer la relación con lo cercano de las realidades más culturales e individuales. En esta construcción se puede identificar la acción combinada de la personalidad y el papel que desempeñan los actores sociales, así como el acontecimiento en sí mismo. En España, sobre todo, este modo historiográfico ha logrado recuperar el interés colectivo por la historia, al reconstruir el proceso de transición de la dictadura a la democracia, y poder llevarlo no solo a las aulas, sino a los medios de comunicación.

Como hemos visto, el estudio de las generaciones de los *Annales* nos ha permitido establecer cómo esta corriente ha reelaborado teórica, metodológica y conceptualmente los ejes estructurantes de la historia, pues forma parte de una revolución científica cultural que rompió con la concepción lineal del tiempo, relativizándolo y haciéndolo múltiple. La temporalidad, por tanto, es un tema inacabado, y se encuentra en continua (de)construcción y reformulación. Mediante su continuo y más exhaustivo análisis, podríamos llegar a entender mejor el acontecer. No obstante, merece la pena recordar que la reflexión teórica sobre el tiempo-espacio histórico no es exclusiva de la historiografía francesa, sino que es un punto de confluencia con otras corrientes y autores, como la marxista inglesa y la historia cultural, entre otras.

Referencias

- Abbagnano, N. (1978). *Historia de la filosofía Vol. 1*. Barcelona: Montaner y Simon.
- Aguirre, C. (2005). *La «Escuela» de los Annales. Ayer, hoy, mañana*. México: Contrahistorias.
- Aristóteles. (1995). *Física*. Madrid: Gredos.
- Arostegui, J. (2007). *El tiempo presente como tema de investigación histórica y como problema didáctico*. Recuperado de http://www.fedecaria.org/miembros/nebraska/jaca07/1_AROSTEGUI.pdf.
- Arrambide, V. (2007). «El espejo de Clío». Recuperado de <https://web.archive.org/web/20120229181558/http://elespejodeclio.blogspot.com/2007/04/fernand-braudel-la-historia-y-su-tiempo.html>.
- Blanco, A. (2007). *La representación del tiempo histórico en los libros de texto de primero y segundo de la enseñanza secundaria obligatoria*. Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona.
- Bloch, M. (2006). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, F. (1979). *La larga duración en la historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Febvre, L. (1993). *Combates por la historia*. España: Planeta-Agostini.
- Fontana, J. (1982). *Historia: Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona: Crítica.
- Galván, L. (1999). La corriente de los Annales y la Historia Social de la Educación. En Galván, L. (1999). *Un reto: la enseñanza de la Historia hoy*, (pp. 9-23). México: ISCEEM.
- Galván, L. (2009). *Apuntes de clase de Metodología de la Investigación II, Dra. Luz Elena Galván*. México: ISCEEM.
- Kant, I. (2006). *Crítica de la razón pura*. México: Taurus.

- Lara, N. y Miranda, A. (2001). Newton, Einstein y la noción de tiempo absoluto. *Signos Filosóficos*, (5), 65-81. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34300503>.
- Le Goff, J. (2008). *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. España: Gedisa.
- Marx, C. y Engels, F. (1984). *El Individuo y la sociedad*. Moscú: Progress Publishers.
- San Agustín. (1984). *Confesiones*. Madrid: BAC.
- San Agustín. (2015). *Confesiones*. Madrid: Editorial Verbum.
- Sauvage, P. (2010). *Una historia del tiempo presente*. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/811/81111329005.pdf>

